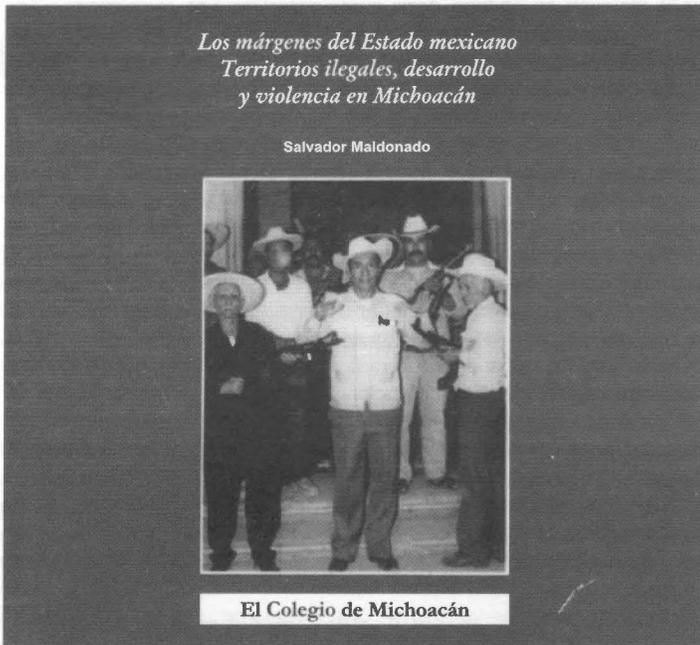


Michoacán, una tierra caliente

Reseña: Maldonado Aranda, Salvador (2010). Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán. El Colegio de Michoacán, Zamora.

LUIS VÁZQUEZ LEÓN



Portada del libro "Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán"

De entrada se debe recordar que este libro ha sido doblemente premiado por el INAH en cuanto investigación y luego por la UNAM en cuanto artículo. Ambos premios son harto merecidos y realmente es poco lo que puedo agregar a tales reconocimientos públicos, a los cuales me sumo gustoso. Pero más allá de toda apología, es preciso reflexionar en su contenido por su interés para entender la violencia en que vivimos.

Al respecto asumo que mi opinión puede no ser compartida aun por el propio autor quién —hay que decirlo— se decanta mejor por una "antropología en los márgenes del Estado". Al respecto de su propia adscripción teórica he de admitir que la perspectiva de plantar los estudios en los espacios limítrofes entre la legalidad y la ilegalidad, ha resultado empíricamente en nuevos avances, de los que el propio libro es prueba. No hace mucho también otro estudioso, Kevin B. Anderson, abordó a Marx en los márgenes, como si su pensamiento fuera el de un inmigrante de por vida. El resultado de este tratamiento es de los mejores que se han hecho hasta el momento, y anuncia el regreso de un marxismo humanista; sin embargo, en todos los casos, el Estado sigue siendo un valladar del pensamiento social, y eso vale también para nuestro personaje. Después de todo, vivimos una guerra sucia que tiene como protagonista central al brazo armado del Estado.

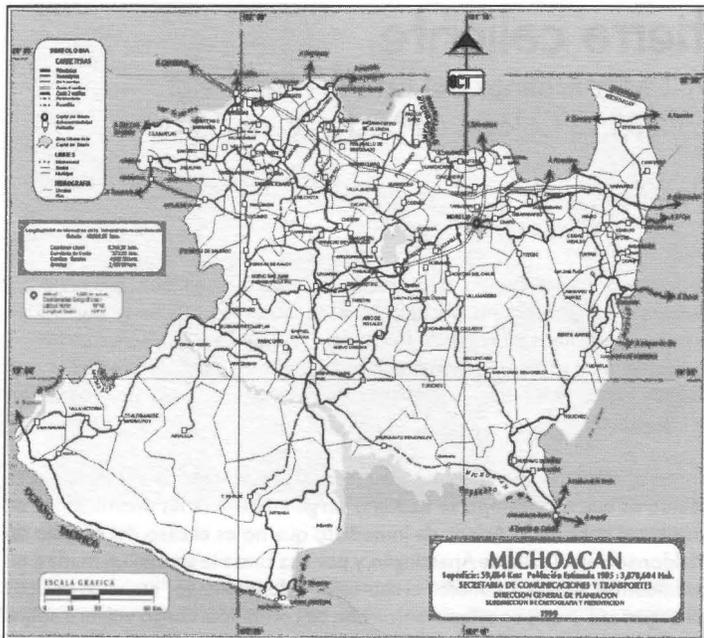
Pero lo que he sostenido desde que leí el libro poco antes de ser premiado por el INAH, se puede sintetizar al decir que lo considero una genuina

aportación en un campo que apenas se abre brecha con dificultad en nuestra antropología, no obstante que en otros lugares se le conoce ya como los "estudios de seguridad". Un signo inequívoco de su afianzamiento como *thematá* es que ya cuenta con compendios y manuales, recursos que hablan tanto de una especialización como de una normalización académicas.

Empero, ubicarlo así puede parecer una impertinencia de mi parte, pues sabido es que este campo se asocia o surge asociado a las instituciones de seguridad del Estado. Aclaro de inmediato que no es el caso del estudio de Maldonado en el Valle de Apatzingán, y por esa causa le agrego un matiz a mi clasificación, al existir también el sub-campo denominado "estudios críticos de seguridad", que se aviene mejor con su contenido. Luego volveré sobre ello adelante. Mas no puedo dejar de mencionar asimismo que como campo mayor de estudio abarca multiplicidad de temas, entre ellos los conflictos y su resolución, la violencia, la guerra y la paz, la insurgencia y la contrainsurgencia, la estrategia militar, el terrorismo, etc. Muchos de los estudios sobre las guerrillas y el ejército mexicano muy bien podrían leerse como incipientes incursiones en este campo.

Por supuesto que una variante muy desagradable de este campo es la llamada "antropología militar", que ha ganado adeptos entre los antropólogos de Estados Unidos y ofrece un ejemplo de lo contradictorio que resulta este campo de estudio. Quizás, en descargo de estos pecados de nuestra profesión, haya que decir que una Red de Antropólogos Preocupados publicó en 2009 un manual de contra-contrainsurgencia, prologado por Marshall Sahlins (*The Counter-Counterinsurgency Manual, Prickly Paradigm Press, Chicago, 2009*), opuesto a la supuesta "ética" sostenida por los antropólogos que participan en el Human Terrain System (ver, por ejemplo, Lucas Jr., George, *Anthropologists in Arms. The Ethics of Military Anthropology. Altamira Press, Lanham, 2009*), donde las unidades militares llevan adscrito a un oficial antropólogo para detectar los puntos vulnerables de los enemigos "tribales" en Irak y Afganistán. De paso, declaro que no me atrevería a sumar a esa red crítica el reporte hecho por una lingüista bastante conocida entre nosotros, Mary Louise Pratt, cuando escribió su *Harm's Way: Language and the Contemporary Arts of War* (Publications of the Modern Language Association of America, New York, 2009) a solicitud del Pentágono, señal de que los lingüistas tampoco han puesto reparos en militarizarse. Sirva sólo para mostrar lo contradictorio que resulta meterse en estos terrenos.

Se entiende entonces que yo mismo desmarque a Salvador Maldonado de estos pecados de la antropología al llamarle "estudio crítico de seguridad". En tal descargo debo asentar que, a primera vista, el estudio de Maldonado parece ser histórico, pues se apoya en la consulta de archivos (donde tuvo la fortuna de encontrar los partes militares), pero el capítulo final va en un sentido opuesto al demostrar su preocupación actual por la ciudadanía en un mundo de violencia permanente, y donde resulta claro que a lo largo de todo el libro venía hablando de los antecedentes históricos y contextuales de lo que sería la Operación Conjunta Michoacán desde el 2006, operación que se mantiene y ha creado incluso Bases de Operaciones Mixtas en los lugares más inesperados de Michoacán, militarizado casi todo. Este



Estado de Michoacán, México

presentismo etnográfico resulta mucho más ostensible en su artículo premiado “Drogas, violencia y militarización en el México rural. El caso de Michoacán”, publicado dos años después que el libro. Aquí se invierten las cosas; quiero decir, la historia es un referente, y el centro es “la rebelión de sus márgenes” en una región neoliberalizada y desregulada —en esa medida sin ley— pero imbuida en el narcotráfico, lo que es tanto como decir que el propio Estado ha creado esta situación adversa al sacar las manos de la economía agrícola, por un lado, y por otro, al acrecentar nuestra integración al mercado norteamericano. ¿No es eso acaso la clave de la industria de la droga toda?

Cuando Maldonado dice “territorio en el margen del Estado”, no está diciendo marginal al Estado. Por el contrario, la tierra caliente de Michoacán (que en realidad se compone tanto del valle de Apatzingán como también de la costa y la Sierra Madre del Sur) es una región con su distintivo desarrollo agropecuario, pero donde el Estado ha dejado hacer y pasar muchas cosas. Éste sólo empezó a hacerse presente bajo el cardenismo con la reforma agraria, la política hidráulica y el propio caudillismo del Gral. Cárdenas, que hizo de intermediario destacado. Pero lo que una vez fue su forma de integración más adelante resultó en su marginación. Aún en vida, Cárdenas debió sufrir la desconfianza de un ejército subordinado a Washington a causa de sus posturas pro-cubanas. Luego, la dialéctica negativa siguió al Frente Democrático Nacional tras las elecciones de 1988. La reconstrucción histórica hecha por Maldonado de toda esa historia represiva es lamentable a la vez que acuciosa.

Asimismo, el seguir el trazo de estos cambios a nivel local de la política ejidal, consigue ofrecer un cuadro detallado de los sucesos y, por cierto, no sólo los de índole política. Un argumento central en su análisis es el ajuste estructural y la reestructuración que le sigue, lo que redefinió posiciones y oportunidades en toda la sociedad terracalienteña, tanto para grandes como para pequeños agricultores rancheros. Se había entrado en definitiva en una zona de ambigüedad, los márgenes del Estado propiamente dichos. El cultivo del algodón para exportación, sujeto a su propia crisis como cultivo comercial, llevó directamente a la elección de cultivar amapola y mariguana, también para el mercado externo. Una cuestión aún intrigante es que

Maldonado establece a 1959 como el año de la primera campaña contra el narcotráfico; sin embargo, en varios puntos de la Tierra Caliente los agricultores más viejos hablan de un hecho paradójico: que el ejército norteamericano habilitó estos cultivos para consumo de sus fuerzas combatientes durante la Segunda Guerra Mundial, cultivos entonces protegidos por el ejército mexicano. De ser ciertas tales informaciones, éstas han de estar muy bien guardadas en el Archivo de la Defensa, y desde luego son previas a la documentación examinada por Maldonado.

De la violencia se podrían decir cosas parecidas. Los campesinos y los caciques se acostumbraron a “resolver” sus disputas a balazos. La foto que sirve de portada al libro es impactante: en ella se puede apreciar que los AKA (“cuernos de chivo”) ya circulaban en 1959, y debieron causar alarma entre la oficialidad instruida en la guerra fría, y ya no más en el recuerdo de la revolución. Tal violencia es de larga data en la Tierra Caliente, lo cual no significa que sea normal y mucho menos digna de elevarla a “uso y costumbre”, como hoy se acostumbra decir. Sin duda es de origen cultural y se extiende a la Tierra Caliente de Guerrero, muy relacionada a la noción de hombría, al paso de niñez-adultez (cuando el padre hace hombre al hijo regalándole una pistola), al coleccionismo de armas y a la vez la protección de tierras, cultivos, ganado y seguidores. Por supuesto, este patrón cultural se engarzó bien con los conflictos agrarios, las afiliaciones políticas y el narcotráfico. Una tierra de frontera, pero también de insurgencia armada. Maldonado dedica una rápida atención a la coincidencia entre la Guerra de Independencia y la región; tal coincidencia parece ser más trascendente: fue el escenario de cruentas batallas contra los españoles y de gran parte de la campaña de Morelos, amén de la promulgación de la primera Constitución en 1814. Sobre el simbolismo de dicha Constitución se pueden ver en su libro dos tipos de escenas el mismo día: por la mañana la parada militar intimidante (lo que en el resto del país se ve el 16 de Septiembre) y por la noche la entrega ciudadana al animado recordatorio, aun con las ruidosas trocas de los retadores narcos. Maldonado llega a decir que lo dejó porplejo la celebración cívica, como si la población esa noche “se apropiara del nacionalismo revolucionario con tanta fuerza”, según sus alusivas palabras. En efecto, este fenómeno no se da del mismo modo en otros lados, digamos, el 5 de Mayo en Puebla, donde el desfile es cívico-militar y la noche es feriado. Esta es una impostura ritual, pues se sabe que el Gral. Zaragoza quería volver los cañones para bombardear a la ciudad traicionera que repicaba campanadas para celebrar a los invasores. Lo de los poblanos no es precisamente nacionalismo, sino olvido intencional. Entonces, ¿estamos acaso en presencia de una ciudadanía parecida a la que provocó la Guerra de Independencia en Estados Unidos, donde el ciudadano reivindica su derecho a las armas para la doble defensa de su propiedad y de la nación? Un tema, para la historia de larga duración.

Tengo la firme convicción de que la parte más crítica del estudio de Maldonado se encuentra en el futuro de la ciudadanía en esta región en guerra, lo que conlleva su táctica criminalización, el último avatar del viejo estigma de clase peligrosa que arrastra desde de la Guerra de Independencia. Sorprende que nuestro autor se desprenda de toda teorización al respecto, y nos diga con su mayor autenticidad: “Lo que he intentado demostrar a lo largo de todo el libro es que la ciudadanía no puede ser entendida como un valor dado, un número, un atributo que los individuos pueden o no tener, sino una condición humana, esencialmente relacionada con formas de convivencia conforme ideales de respeto e igualdad”. Aunque semejante concepción tiene resabios de derecho natural, es del todo comprensible que se levante en momentos en que una nueva guerra sucia se esté profundizando como una “historia llena de desigualdades y arbitrariedades propiciadas por la ley”. Y lo que dice Maldonado nos concierne a todos como ciudadanos de éste México atribulado por las sombras de sesenta mil muertos y veinticinco mil desaparecidos forzados.